

BARTOLOMÉ BARTOLOMÉ, Juan Manuel: *Interiores domésticos y condiciones de vida de las familias burguesas y nobles de la ciudad de León a finales del Antiguo Régimen (1700-1850)*, Universidad de León, 2017, 144 pp.

El autor nos presenta en esta monografía sobre la capital leonesa, una aportación esencial a la Nueva Historia Social y la Historia de la Familia, analizando las evidencias de los procesos de cambio y transformación de las élites urbanas, burguesas y nobles, a lo largo del siglo XVIII y durante la primera mitad del XIX. La cultura material, el consumo y la apariencia se muestran como las coordenadas de esas evidencias de cambio civilizador. El gusto, la moda, las preferencias en las formas de habitar, de mostrarse públicamente, de relacionarse dentro y fuera de la casa, resultan claves esenciales en la reconstrucción de esa modernización que va introduciendo el modelo burgués y desmontando la influencia del aristocrático.

En la búsqueda de estas identidades del cambio civilizador, Juan Manuel Bartolomé acude a una fuente esencial y que ya es una seña de identidad de sus investigaciones: los inventarios de bienes, cuyo contenido, pese a sus reconocidas limitaciones, resultan un instrumento esencial para desentrañar consumos y demandas, relacionados con gustos y apariencias, y formas de vida que, como apuntara Giovanni Levi, traducen comportamientos sociales. El vaciado completo de la información, aplicado a las adecuadas bases de datos, y completado con otras fuentes censales y fiscales fundamentalmente, garantizan la precisa cuantificación del fenómeno

analizado. Cantidades y valores que cobran toda la fuerza en la descripción de sus contenidos, los que son en cada momento, los que cambian, los que aparecen para permanecer y, sobre todo, el ritmo de las transformaciones: el ritmo cronológico de la aparición de los cambios, pero también el ritmo social de la incorporación y asimilación de las novedades.

Partiendo del indiscutible dominio urbano de los grupos nobles –una nobleza provincial que detenta la propiedad de tierra y las regidurías urbanas–, y de las diversas burguesías –comerciantes, financieros, de la administración y profesionales liberales–, se van desentrañando las diferentes identidades a través del análisis de sus respectivas estructuras patrimoniales, de la tipología de sus viviendas –desde la localización y la distribución de los espacios interiores a la descripción y localización de los contenidos domésticos–, y aquellos otros elementos que conciernen a la apariencia externa, el vestido y el adorno personales. Y no se trata tanto de la descripción como de la percepción de los cambios, a veces sutiles y escurridizos, que van apuntando pautas de comportamiento cambiante, y que el autor apuntala en el contexto social de cada grupo y en el tiempo cronológico en que surgen o se arraigan con fuerza.

En este sentido, un acierto la discriminación entre los diversos grupos burgueses, que permite detectar comportamientos diferenciados y situar la incorporación a los cambios, del mismo modo que resulta esclarecedor el proceso en cascada de la incorporación a las novedades entre ellos: la temprana asimilación de las novedades por los oficiales de la administración y los profesionales liberales, alentados por el ejemplo de la corte con la que mantienen cierto contacto, será secundada por las familias de comerciantes y financieros, más tardíamente pero con mayor fuerza, y en torno a las mismas fechas, hacia la segunda o tercera década del XIX, por los miembros de la nobleza local. Esta aceptación por parte de las familias nobles, que se reforzará después de mediar el siglo XIX, apunta un proceso de mimetización con las formas ya asimiladas por los grupos burgueses y, por lo tanto, cierta simbiosis de pautas de consumo, apariencia y forma de vida entre ambos grupos. Por otro lado, ciertos datos aportados por el autor, ya concretados en trabajos anteriores por él mismo, permiten asegurar que este proceso de asimilación de la identidad burguesa por parte de los sectores tradicionales de la nobleza local, van más allá de las formas externas o las rutinas domésticas. Así, la referencia al proceso de incorporación de algunas de estas familias nobles a actividades asociadas al mundo burgués, abundan en esa expansión del modelo aburguesado: me refiero aquí a la adquisición de tierras para su explotación directa, no meramente rentista, y la relación con la economía vitivinícola, e incluso la formación de una sociedad para la explotación, venta y distribución de los caldos.

Con todo, lo más significativo del trabajo es el análisis de esa cultura material que va desde la casa al cuerpo, y que se revela en espacios y objetos cargados de sentido y significado. Y especialmente la evolución y los cambios que se vivieron en ese siglo y medio. No varió la localización de las viviendas principales de los grupos dominantes, distribuidas en el interior amurallado de la ciudad, en el centro de la vida urbana, con preferencias sociales –zonas céntricas en general, vinculadas a las actividades mercantiles o asociadas al corazón de la actividad urbana de gobierno y celebración–, pero sí se fueron modificando los interiores de las casas, donde se generó una nueva concepción espacial que fue sustituyendo las dependencias interconectadas y polivalentes por otras independientes y privadas, más racionalmente distribuidas, descargadas de mobiliario. Un mobiliario que resulta cada vez más concreto y preciso, mejor distribuido por la estancia para permitir la circulación de las personas o acoger más cómodamente a las visitas en las salas principales (sillas, canapés, sofás...), o que da especificidad funcional a la sala de comedor o al despacho y el gabinete. Espacios que reforman los elementos decorativos para reducir la presencia de lo sagrado en beneficio de lo más profano (espejos de mayores dimensiones, relojes de pared, rinconeras...). Las piezas que servían para guardar ropas y textiles u otros objetos más considerados (arcas, arquetas,

baúles...) darán cabida a otras formas muebles como los armarios, y sobre todo van buscando una localización más recoleta y precisa, en estancias más íntimas alejadas de aquellos cuartos que empiezan a acoger una funcionalidad más específica y social. Todo lo mensurable encuentra su significado en un contexto de transformación mental y social. Como señala el autor, “la llegada del sentido moderno de la privacidad y la individualidad generó una nueva concepción de los espacios del interior doméstico, que trajo consigo nuevos estímulos en la demanda de productos, a su vez también las formas de sociabilidad burguesas, con la extensión de los paseos y la asistencia a los espectáculos, animaron a la exposición de las nuevas pautas de consumo y lógicamente a la emulación de las novedades”.

Aunque la novedad y el cambio alcanzó a los útiles domésticos o a los textiles de casa y cama, lo hizo también y de forma reseñable, a la vestimenta personal: nuevas prendas y nueva fibras textiles (el algodón y sus derivados) se introducen en las familias burguesas y nobles leonesas; primero entre los hombres, que van sustituyendo su modo de “vestir a la francesa” –asimilado en el siglo XVIII– por los novedosos pantalón o chaqueta, incluso el frac; pero también en las mujeres que adoptan el “vestido”, medias de seda, los pañuelos, etc. Estas piezas reflejan el nuevo carácter burgués, al ser los grupos de la burguesía quienes primero los incorporan, y ponen de relieve un creciente gusto por la apariencia externa que alcanza también al interés por objetos de oro y plata, alhajas para adorno personal (pendientes, collares, relojes...).

Finalmente, podemos concluir que el trabajo que presenta el profesor Juan Manuel Barrolomé contribuye a poner de relieve que frente a visiones tradicionales sobre una sociedad española atávica y anquilosada en el XIX, desde la centuria anterior se había ido configurando una identidad burguesa dominante, expresada en la renovación de sus formas de vida y apariencia diferenciadas, a través de la asimilación de novedades y cambios de los que nos informa el estudio de la cultura material; y que esa realidad reconocida para Europa, no sólo se dejó sentir en las grandes ciudades o en aquellas que mantuvieron mayor contacto con las “modas” externas, sino que alcanzaron también a una pequeña ciudad del interior como era León. Así, el autor niega “la imagen de un grupo subordinado a los principios y estilo de vida de la aristocracia y con menor atención a la modernidad que sus homólogos europeos”, y afirma el carácter renovador del sector burgués local, que se gesta y afirma en esa prolongada agonía del antiguo régimen.

Ángeles SOBALER SECO
Universidad de Valladolid